

06 DE AGOSTO DE 2026.

**SENADORA MARTA LUCÍA MICHER CAMARENA.
GALARDONADA CON LA MEDALLA ROSARIO CASTELLANOS 2026.**

Ay, Dios mío, a ver si puedo hablar... muy buenos días a todas, a todos, saludo con respeto y con gran reconocimiento y agradecimiento al Gobernador Constitucional del Estado de Chiapas, al Doctor Eduardo Ramírez Aguilar, a la Presidenta de la Mesa Directiva del Honorable Congreso del Estado, a la Diputada Alejandra Gómez Mendoza, a las diputadas y diputados integrantes de la Sexagésima Novena Legislatura.

Gracias a la Senadora Verónica Camino Farjat, quien es nuestra Vicepresidenta, a mis queridas y queridos Senadores Sasil, Pepe, Manuel, Ana, gracias por estar aquí, por supuesto a la Licenciada Isabela Rosales Herrera, Directora General de Agenda y Compromisos, ¿Dónde está? Acá esta, compromisos oficiales en representación de la Licenciada Rosa Isela Rodríguez Velázquez, Secretaría de Gobernación, agradezco también a las autoridades de los distintos poderes, Señor Presidente del Tribunal de Chiapas, muchísimas gracias, Supremo Tribunal de Chiapas, muchísimas gracias, magistrado, a todas las autoridades de los distintos poderes y órdenes de gobierno, a mis queridas compañeras diputadas y diputados federales, buenas tardes y muchas gracias.

Por supuesto, a las personas que han sido galardonadas, a mi marido David Martínez, no te voy a ver porque voy a llorar, a mis queridas amigas, amigos, a mi hermano Jaime, que está aquí en representación de, otro que no voy a ver, de mi familia, de todos mis hermanos y hermanas, a mis queridas colegas feministas, gracias por estar aquí, mis compañeras queridas, compañeras de guía, compañeras de lucha, mis mentoras, todas ellas, al pueblo de Chiapas y todavía con mayor admiración saludo a todas sus mujeres.

Agradezco profundamente al Honorable Congreso del Estado la distinción de otorgarme la Medalla Rosario Castellanos 2026, recibo este reconocimiento con una enorme gratitud y con la conciencia de la responsabilidad que implica llevar desde hoy el nombre de una de las mujeres más lúcidas, más libres e importantes de la historia intelectual de nuestro país. Recibir una medalla que lleve el nombre de Rosario Castellanos, obliga antes que nada a preguntarse si hemos estado a la altura de las preguntas que ella le hizo a México, nos obliga a mirar cuánto ha cambiado nuestro país, pero también cuánto de esa, de esa mirada crítica que nunca aceptó la desigualdad como destino, se encuentra en nuestra mente, en nuestro corazón, en nuestro

corazón y en nuestras manos. Rosario Castellanos comprendió mucho antes de que buena parte de la sociedad estuviera dispuesta a reconocerlo, que las desigualdades más profundas son aquellas que terminan pareciéndonos naturales, las que se esconden en el lenguaje, en las costumbres, en la educación y en la vida cotidiana. Comprendió que el poder no siempre se impone por la fuerza, muchas veces consigue algo mucho más eficaz, convencernos de que el orden existente no es el único posible, quizá por eso sigue siendo una autora indispensable, porque obliga a preguntarnos cuánto ha cambiado México y hacerlo aquí en Chiapas tiene un significado especial.

Desde esta tierra, Rosario miró a México con una lucidez extraordinaria, escribió sobre los pueblos indígenas, las mujeres, la desigualdad, las múltiples formas de exclusión que convivían bajo la apariencia de una normalidad que casi nadie se atrevía a cuestionar. Rosario nos enseñó que para transformar un país primero hay que aprender a mirarlo de frente, a conocerlo, a vivirlo, y eso es precisamente lo que hoy quisiera compartir con ustedes, no la historia de una carrera política, sino la historia de una convicción que ha hecho camino al andar. Con frecuencia me preguntan cuándo me hice feminista y siempre descubro que esa historia comenzó mucho antes de conocer esa palabra, comenzó cuando conocí la injusticia y la desigualdad y siempre descubro que esa historia comenzó mucho antes, por supuesto, de lo que yo narro, de lo que yo platico.

Nací en el entonces Distrito Federal en Avenida Reforma y desde el cuarto de la clínica donde me acunó mi madre, se lograba ver a la Ángela de la Independencia y mi madre me decía, "Ay, hija, creo que por eso piensas así". Imagínense qué belleza, reforma y libertad, y por eso fui formada en una familia muy generosa, muy generosa, mi padre y mi madre eran extremadamente generosos y preocupados siempre por la gente más amolada. También fui educada por monjas, las monjas del Espíritu Santo que me enseñaron el valor del servicio y más tarde fui formada o deformada por los jesuitas, que despertaron en mí una profunda conciencia social. Con ellos aprendí que la fe solo tiene sentido cuando se traduce en compromiso con quienes más lo necesitan. Desde mi juventud, bueno, y aquí en Chiapas ni decir de los jesuitas, durante mi juventud fui gestando una convicción que ha atravesado toda mi vida, la injusticia nunca puede mirarse desde lejos, lo experimenté desde muy pequeña en el Mezquital en Hidalgo y poco más adelante en la Sierra Tarahumara en Chilón, aquí viví en Chilón, en Chiapas, en Yajalón, y también viví en Plátano y Cacao, una comunidad de Tabasco, y posteriormente en la en la pastora allá en la ciudad de México, en el cerro de las antenas, allá en la ciudad de México.

Recuerdo a niñas de mi edad viviendo una desnutrición que ninguna niña debería padecer, teníamos la misma edad y no teníamos ni la misma altura, ni la misma alimentación, ni la misma

educación. Recuerdo comunidades donde el acceso al agua, a la salud, a la educación no era un derecho garantizado, sino una incertidumbre permanente, aquellas imágenes me acompañan hasta el día de hoy. Esa convicción me llevó a vivir en 1978 a una comunidad rural entre Silao y en León, entre Silao y León en Guanajuato, una comunidad que se llama Los Sauces, llegamos ahí después de 15 días de habernos casado David y yo, lo que llamábamos un matrimonio por el reino, así lo llamábamos mi querido y mi amado David y un equipo interdisciplinario. Los Sauces, es una comunidad rural en situación de alta vulnerabilidad, fue ahí donde el trabajo por las y los más pobres dejó de ser una idea romántica para convertirse en la realidad dolorosa y cotidiana de muchas familias con quienes compartí durante 12 años y quienes fueron mis mentores y mentoras, ahí nacieron mis cuatro hijos.

Fue entre la milpa, las vacas, las fiestas, los moles, los terrenos despojados por la ola neoliberal y las violencias contra las mujeres, donde se maduró mi compromiso con la justicia social, por eso decidí dedicar mi vida al trabajo comunitario, primero desde las comunidades eclesiales de base y más tarde desde el servicio público. Yo no busqué llegar a la militancia partidista, fue una invitación que acepté, convencida de que también podía ser una herramienta para transformar la vida de quienes históricamente habían sido olvidadas y olvidados. En política se puede hacer mucho bien, pero también se puede hacer mucho mal, y hay decisiones donde la ética no es tan clara. Pero, ¿Cómo se puede distinguir un camino de otro?, al estilo de las y los grandes pensadores humanistas, les comparto lo que he aprendido, si la decisión que vas a tomar despierta una sonrisa entre la gente olvidada y se acompaña con paz en tu corazón, es una buena decisión, y fue precisamente recorriendo comunidades, escuchando historias, llorando con las mujeres y compartiendo la vida con muchas personas que descubrí algo que terminó por cambiar mi manera de entender la desigualdad, la pobreza nunca era neutra, siempre encontraba a las mujeres viviendo una forma adicional de exclusión, eran las primeras en abandonar la escuela, quienes trabajaban más, cuidaban más, pero también quienes decidían menos, sostenían la vida cotidiana de sus familias y de sus comunidades, pero seguían ocupando el último lugar cuando llegaba el momento de tomar decisiones, y comprendí algo que terminó reorientando toda mi vida pública, que la pobreza tenía en demasiadas ocasiones rostro de mujer y de pronto me topé con unas mujeres valientes que me presentaron a su fiel acompañante, Coni, Cecilia Loría, Marta Lamas, María Luisa, Rafaela, María Consuelo, Amalia, Lauritzel, Marcela, Lagarde, Carla, Emilien, bueno, son muchas mentoras que me atraparon, que me cambiaron la vida, lograron que viera yo la otra realidad de la desigualdad, la opresión y la discriminación, esa otra manera de ver y transformar la realidad de las mujeres que se llama feminismo, encontré una manera distinta de comprender lo que había abrazado desde el principio, pero también encontré aliados hombres que me permitieron abrazar el anhelo de la

igualdad y hacer realidad aquello que de pronto se veía tan lejano al construir, por ejemplo, una ciudad de derechos y libertades en la gran ciudad de México.

Gracias también a Marcelo Ebrard por confiar en mí, comprendí que no habría una democracia plena mientras la mitad de la población continuara enfrentando obstáculos para ejercer plenamente sus derechos, desde entonces dejé de pensar en la justicia social y el feminismo como caminos paralelos, para mí se volvieron inseparables. Muchas veces he pensado en que mi generación tuvo el privilegio y también la responsabilidad de participar en una de las transformaciones culturales más profundas de la historia reciente de México, hoy hablamos de igualdad, de violencias, como lo mencionó mi querida diputada, contra las mujeres de paridad, de cuidados o de derechos sexuales y reproductivos con una naturalidad que hace 40 años habría sido impensable, a pesar de todo el esfuerzo que hacíamos, parece que no era el momento, aquel momento, no porque esas realidades no existieran, existían, lo que no existía era el lenguaje para nombrarlas, y cuando una injusticia no tiene nombre, resulta mucho más difícil combatirla, esa fue una de las grandes aportaciones del feminismo, no inventó los problemas, los hizo visibles, nos permitió comprender que aquello que durante siglos había sido considerado un destino individual, era en realidad un problema público con raíces sociales y culturales y por tanto una responsabilidad del Estado.

Recuerdo, recuerdo que cuando fui candidata a la gubernatura de Guanajuato, teniendo como contrincante a Fox en el 95, se paró un compañero muy entusiasmado del PRD y gritó, para animar la votación para la candidatura y que todo el mundo votara por mí, "hay que votar por Malú no le aunque sea vieja", y aquí me tienen.

Cuando afirmamos, cuando afirmamos que las violencias contra las mujeres es una cuestión de derechos humanos, cuando lo afirmábamos también en años pasados, se nos respondía que no debíamos intervenir en la vida privada de las familias, que era un asunto de pareja, un tema privado, porque detrás de aquella idea se escondía algo tremendamente y profundamente injusto, aceptar que la violencia podía quedar fuera de la protección del Estado simplemente porque ocurría dentro de un hogar, nosotras dijimos que no. Dijimos que los derechos humanos también cruzaban la puerta de las casas y esa discusión cambió a México, no ocurrió de un día a otro, no fue una concesión, fue resultado de una perseverancia colectiva, con los años he pensado que si hubiera que resumir buena parte de la historia del feminismo mexicano en una sola palabra sería el insistentismo, por eso fue lo que hicimos durante décadas, insistir, insistir e insistir, se burlaron de nosotras, nos dijeron que exagerábamos, que las violencias que vivíamos en el trabajo, en la escuela, en los medios de comunicación o en las calles, no era un asunto del Estado, que había problemas más importantes, más tarde afirmaron que las mujeres

ya teníamos suficientes derechos, que queríamos todavía más y que seguir hablando de igualdad dividía a la sociedad textual.

Pero las democracias cambian gracias a quienes son capaces de insistir cuando la costumbre parece más fuerte que la justicia, esa fue quizá la mayor aportación de mi generación, no resignarse, no desistir y siempre insistir. Con frecuencia se dice que el feminismo ha conquistado muchos derechos, yo prefiero afirmar que el feminismo ha sido clave para que la democracia mexicana sea más congruente consigo misma, porque cada derecho conquistado por las mujeres ha fortalecido al conjunto de la sociedad, cuando logramos que las distintas violencias contra las mujeres dejaran de considerarse asuntos privados, no solo protegimos a las mujeres, fortalecimos la idea de que el Estado, perdón, ya me perdí... de que la dignidad humana debe ser garantizada por el Estado.

Cuando avanzamos hacia la paridad constitucional en aquel 2019, mi querido gobernador, ahí estuviste tú y fuiste clave, clave en esa reforma constitucional, en esa reforma impulsamos lo que en justicia es nuestro derecho a representar las voces de millones de mujeres y niñas y lo que en realidad logramos fue hacer más representativa nuestra democracia. No te olvides, gobernador, que te acercaste y me dijiste, "¿Estás segura de lo que estás proponiendo, verdad? ¿Estás segura de la batalla que vamos a dar? y le dije, "sí, sí, estoy segura" y me dijo, "Vamos con todo, vamos con todo", no se me olvida. Nuestro gobernador es un aliado incansable y nos ayudó a avanzar en esta reforma, como ustedes no se pueden imaginar, las cosas que decían algunos senadores es para llorar, pero siempre, la verdad, Eduardo y mi grupo parlamentario nos mantuvimos y fue extraordinario. Y cuando defendimos el derecho de las mujeres a decidir sobre su propio cuerpo, no intentamos imponer una visión moral sobre nadie, defendimos y seguiremos defendiendo un principio esencial de cualquier democracia, que la libertad de conciencia y la autonomía de las personas también merecen protección.

Nunca, nunca he entendido el feminismo como una agenda para unas cuantas, mucho menos como una lucha contra los hombres, lo he entendido como una manera de ampliar la democracia, la hemos llamado democracia de género, democracia paritaria, porque una democracia que deja fuera a la mitad de su población nunca está completa, y porque la igualdad nunca ha significado en ningún momento menos derechos para nadie, ha significado una sociedad con más libertad para todas y todos. Por eso me preocupa que en distintos espacios públicos vuelvan a escucharse voces que presentan los derechos de las mujeres como si fueran excesos, como si fueran concesiones o asuntos que deban volverse a discutir, debemos rechazar de forma contundente quienes pretenden cuestionar o poner en duda lo ya conquistado. La historia nos ha enseñado que los derechos humanos nunca son definitivos, cada generación tiene la responsabilidad de defenderlos y que los retrocesos rara vez comienzan derogando una

ley, empiezan cuando cambia el lenguaje, cuando la igualdad deja de nombrarse, cuando las violencias vuelven a justificarse, cuando se elimina la palabra género de los documentos, cuando la libertad de las mujeres comienza a presentarse como una amenaza y no como una condición de la democracia.

Por eso, recibir esta medalla en Chiapas tiene un significado especial, Rosario Castellanos comprendió que la costumbre puede convertirse en la forma más eficaz de la desigualdad, porque aquello que se repite durante generaciones termina pareciéndonos natural. Rosario, querida, cuánto te debemos cuando te escuchamos decir, "Debe haber otro modo que no se llame Safo, ni Mesalina, ni María egipcia, ni Magdalena, ni Clemencia y Saura, otro modo de ser humano y libre, otro modo de ser, y eso es lo que anhelamos las mujeres, esa es la tarea del feminismo, abrir nuevos caminos para la plenitud humana, hacer preguntas incómodas, ironizar, afirmar, reclamar, actuar, legislar, insistir, preguntar por qué las niñas abandonaban primero la escuela, preguntar por qué las violencias se consideraban naturales, me decían en la comunidad donde vivía, "ay, Malú, es que le pega, es normal, aquí los hombres le pegan a las mujeres", así me lo decían las propias mujeres. Preguntar por qué las mujeres trabajaban más y decidían menos, preguntar por qué la democracia podía seguirse llamando democrática mientras la mitad de su población permanecía ausente en espacios donde se tomaban las decisiones. Rosario hizo esas preguntas antes que muchas de nosotras, la igualdad nunca es una conquista terminada, siempre es una tarea inacabada. A lo largo de mi vida he defendido causas que muchas veces resultaron incómodas, yo me siento muy contenta porque tenemos a una presidenta, Claudia Sheinbaum Pardo, que también incomoda y que también ironiza y que también reclama y que se ha hecho nuestra líder también feminista, porque tenemos que preguntarnos todo el tiempo qué estamos haciendo por las mujeres.

Por eso, a lo largo de mi vida he defendido causas que muchas veces resultaron, como lo he dicho, incómodas, defendí el derecho de las mujeres y lo sigo haciendo, el derecho de las mujeres a decidir cuándo hacerlo implicaba pagar costos políticos y familiares. En la escuela de mis hijos le llegaron a decir a uno de mis hijos, "Oye, que tu mamá es asesina". Así era el tema hace 25 años en Guanajuato y siguen igual. Defendí, defendí la paridad cuando todavía parecía una aspiración lejana, defendí los derechos de las personas de la diversidad sexual cuando muchas voces pedían silencio, defendimos la voluntad anticipada en la ciudad de México y ahora vamos por la muerte digna para que me acaben de quemar en leña verde, la ultraderecha de este país. Nunca lo hice porque creyera que todas las personas debían pensar igual que yo, lo hice porque siempre he creído que el deber de quien hace política no es administrar prejuicios, es ampliar libertades, y por qué es mi convicción profunda que nada sirve ocupar un puesto de decisión y de elección, y se lo digo con cariño, con mucho respeto a mis queridas compañeras

diputadas, senadoras, de nada sirve que ocupemos un puesto de elección y de decisión si no transformamos la vida de las mujeres, no servimos para nada. Si no transformamos esta sociedad patriarcal machista, misógina y caminamos con los hombres, también, para que aprendan nuevas maneras de relacionarse con nosotras, sin violencias, sin burlarse de nosotras, sin tocar nuestros cuerpos y nuestro consentimiento y sin matarnos, podemos avanzar. Y si algo me ha enseñado la experiencia, es que la historia termina siendo más generosa con quienes defendieron la dignidad humana que con quienes intentaron detenerla. Pero las transformaciones de largo aliento no son obras de personas individuales, los cambios se conjugan en plural y no en primera persona, todo, todo lo vale, todo lo que vale la pena en esta vida se consigue en comunidad, en colectivo, en grupo. Dice la canción: “con tu puedo y con mi quiero vamos juntos compañero, compañera”. Si hoy puedo mirar hacia atrás con serenidad y agradecimiento, es porque nunca, nunca caminé sola. He tenido el privilegio de compartir este camino con mujeres extraordinarias, mujeres indígenas que sostienen la vida de sus comunidades, madres buscadoras que transformaron el dolor en una exigencia de justicia, defensoras de derechos humanos que han puesto en riesgo su seguridad para protegerla de otras mujeres, académicas, periodistas, legisladoras, activistas y servidoras públicas que entendieron que ninguna conquista democrática es definitiva y que todas necesitan ser defendidas una y otra vez, ellas me enseñaron quizá la lección política más importante de mi vida, que las grandes transformaciones nunca nacen del protagonismo individual, nacen de la capacidad de construir comunidad, porque cuando una mujer abre una puerta, nunca la cruza sola, deja esa puerta entreabierta para las que vienen detrás y esta ha sido también la historia del movimiento de mujeres en México. Ninguna de nosotras empezó de cero, siempre hubo alguien antes que abrió un camino, sostuvo una causa, abrió, se atrevió a levantar la mano con el riesgo que se la cortaran, gracias no solo a las constitucionalistas, sufragistas, independentistas, revolucionarias, también a mis queridas maestras, madres feministas, colegas, compañeras, a quienes les debo todos mis aprendizajes, mi nueva visión del mundo, gracias porque me enseñaron también en mi nueva, a relacionarme con David de otra manera, gracias porque me entendieron, porque me enseñaron la nueva maternidad y la revolución que fuimos capaces de generar y de heredar a quienes ahora son jóvenes, pero que ya no permitirán dar un solo paso atrás.

Quizá por esto miro, cuando miro hacia atrás, no pienso en las reformas que aprobamos, ni en los cargos que ocupamos, pienso en las vidas que cambiaron, pienso en las puertas que entre todas logramos abrir, pienso, por supuesto, nuestra Presidenta que se ha atrevido a nombrarnos, a no invisibilizarnos y a caminar junto a nosotras, y pienso en los aliados, en los hombres también y en las mujeres que nos han ayudado a avanzar hacia la patria feminista que

tanto anhelamos. Gracias querido Gobernador porque sé, y gracias Alejandra, y gracias, diputadas y diputados, senadoras y senadores, diputadas y diputados que nos merecemos esta patria feminista que muchos años hemos anhelado. Entonces, yo nunca, nunca he legislado a ciegas, siempre he legislado con la realidad devastadora y real que nos acompaña, siempre detrás de una reforma hay una historia, siempre detrás de cada derecho conquistado hay una mujer, una niña o una familia que esperó demasiado tiempo para que la justicia llegara también a su vida.

Tal vez por eso nunca pude superar completamente separar mi vida pública de mi vida personal, la vida me dio el privilegio de ser madre de cuatro hijos y también el dolor inmenso de despedir a uno de ellos, pero todo vuelve a su lugar, ahora tengo ahí, ahora tengo dos nietos, la vida me premió con cinco hermanos, tres hombres y tres mujeres, ahora tengo tres hijos, Jorge David, Juan Manuel y Alejandro que me han hecho abuela con Estefanía y con Juliana y tengo dos nietos, Julián y Juan David y dos nietas, Lucía y Emilia, que iluminan todo mi quehacer para que nadie les dañe, para que nadie decida por ellas o por ellos, que su cuerpo sea suyo y de nadie más, y que decidan libremente su maternidad. Como tantas mujeres, aprendí que cuidar, acompañar, perder y volver a empezar también transforma nuestra manera de mirar el mundo y comprendí que aquello que ocurre en la vida cotidiana nunca es ajeno a la política, la forma en que cuidamos, en que educamos, en que distribuimos las oportunidades termina definiendo el país que somos.

Si hoy recibo esta medalla, no la recibo como un reconocimiento individual, la recibo pensando en todas las mujeres con las que he tenido el privilegio de caminar, con todas ustedes, queridas compañeras, en las que estuvieron antes que nosotras, en las que hoy siguen sosteniendo esta lucha y sobre todo en las que vienen detrás, porque la verdadera responsabilidad de una generación consiste en entregar a la siguiente, un país más libre y justo del que recibimos. Me mata la estupidez de entregar un siglo distinto del que soñé, canta Ana Belén. Este ha sido el propósito de mi vida pública y espero que siga siendo el compromiso de muchas mujeres que hoy empiezan a construir el México del mañana. Quiero creer que llegará el día en que ninguna niña tenga que preguntarse si sus derechos caben en el país donde nació, que la igualdad sustantiva deje de discutirse porque forme parte de la vida cotidiana y que la justicia social y la igualdad sustantiva dejen de verse como caminos distintos para convertirse definitivamente en un mismo proyecto democrático, esa es la esperanza con la que recibo esta medalla y esa es también la mejor manera que conozco de honrar a Rosario Castellanos, gracias, gracias siempre por esta distinción. Quiero finalizar recordando a tres mujeres cuyo ejemplo nos recuerda que la libertad nunca es una concesión, Patria, Minerva y María Teresa Mirabal, las hermanas Mirabal de República Dominicana, mientras existan mujeres dispuestas a defender la dignidad

humana, habrá razones para seguir creyendo en un país más justo. Larga vida las mariposas, que la igualdad entre mujeres y hombres se haga costumbre. Muchas gracias.